

Solemnidad de San Pedro y San Pablo (29-06-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

- Señor secretario general de la Nunciatura Apostólica del Perú, Monseñor Giuseppe Quirighetti
- Señor Presidente del Consejo de Ministros del Perú, Eduardo Arana Ysa
- Señores ministros y ministras de Estado
- Señora Fiscal de la Nación, Delia Milagros Espinoza Valenzuela
- Embajadores y miembros del cuerpo diplomático
- Distinguidas autoridades militares, policiales y civiles
- Queridos hermanos en el episcopado peruano y obispos auxiliares
- Miembros del cabildo catedralicio.
- Hermanos y hermanas

“Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” ... pero ¿qué piedra? ¿qué fundamento es el que sirve para que la Iglesia sea bien fundada y siempre en la historia continúe siendo bien fundada? Se requiere, simple y llanamente, de una persona sencilla que no dice su palabra, sino lo que le dice el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo; una persona que se deja inspirar por El para poder actuar.

En el fondo, todos los cristianos estamos llamados a ser así, mucho más los católicos dentro de las iglesias cristianas, porque el punto esencial de la fe no es que uno ame a su modo. Evidentemente, todos amamos a nuestro modo porque somos distintos, cada uno tiene sus costumbres, su manera de ser, su cultura. Pero, aprender a hacer caso a la

voluntad de Dios porque Él nos ama y Él guía nuestra vida por medio del Espíritu, es la primera experiencia y misión del cristiano, ser testigo del Señor, transparentar lo que Dios nos da en nuestra vida, y hacer que esa vida vaya comunicando el Evangelio que nos es comunicado: la asistencia y el amor gratuito que el Señor nos regala.

Y Pedro, como también Pablo, fueron personas como nosotros a las que les costó mucho entender eso; y, sin embargo, tenían una cosa muy importante: la docilidad. Y esta docilidad, este dejarse llevar por lo que el Señor nos dice, tiene sus crisis también porque a veces decimos lo que el Señor no quiere que digamos y, simultáneamente, decimos lo que a nosotros nos conviene. Y a Pedro le pasó. Después de este texto lindísimo en Cesarea de Filipo (Mateo 16,13-19), viene la recriminación a Jesús: “Señor, tú no puedes sufrir” (porque al Señor les comunicaba que iba a sufrir mucho); “Tú no puedes sufrir”. Es decir tú eres como un “superhombre”, pensaba Pedro.

Y, entonces, el Señor le dice: “Apártate de mí, satanás, porque no piensas como Dios, sino como los hombres”. Qué curioso, ¿no? Porque el Señor le acaba de decir: “sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. Vemos aquí dos actitudes distintas en Pedro:

La primera actitud es inspirada por la fuerza del Señor. Él dice, “tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Tarea que tenemos todos que realizar en nosotros y encontrar la manera de decirlo en nuestras vidas, pero siempre en la firmeza de que es Dios quien nos precede en el amor y es Él quien, finalmente, actúa también por medio de las obras

que podamos hacer (y siempre hay que revisarlas para ver si están en la línea del Señor o no).

Por otro lado, en la segunda actitud, vemos que siempre está la posibilidad de desviarnos y aprovecharnos de este acontecimiento para crear la imagen de una especie de rey civil, rey político que impone las cosas y hace lo que le da la gana porque Dios está con él.

Dios está con nosotros no para que hagamos lo que nos da la gana, está con nosotros para que nos dejemos inspirar y poco a poco aprender a transparentarlo y a testimoniarlo. Y, hoy día, justamente, celebramos esta experiencia tan bonita, tan preciosa, en la que, inclusive, en la víspera de ayer, que hemos celebrado en la noche, leímos el texto del diálogo que Jesús Resucitado tiene con Pedro en el evangelio de Juan (21, 15.19). Y Pedro le responde algo diferente a lo que Jesús le pregunta. “Simón de Juan, ¿me amas más que estos?”, le pregunta el Señor.

“Sí, Señor, tú sabes que te quiero”, responde Pedro. Nuevamente, por segunda vez, el Señor le pregunta: “Simón de Juan, ¿me amas más que estos?”, y la respuesta es la misma: “tú sabes que te quiero” ...

La tercera pregunta es distinta. Jesús le dice: “Simón de Juan, ¿me quieres?”. Es decir, ¿solamente me quieres? Y humildemente contesta a Pedro: “Sí, Señor, tú sabes todo, tú sabes que (solamente) te quiero”. ¿Qué le ha pasado con la Resurrección a Pedro? Le ha pasado que lo ha vuelto realista. Pedro le decía a Jesús: “te seguiré hasta la cárcel y la muerte”, es decir, yo no te abandonaré, te negarán todos,

pero yo no, y, sin embargo, lo negó. Ya después de todo lo que pasó y dándose cuenta de que era realmente un pecador, reconoce su pecado y sigue en el camino con Él, pero de todas maneras es más consciente y, por lo tanto, le responde: yo solamente te quiero, no te amo como yo te había dicho, como tú nos has amado a nosotros, sino que *mi amor es limitado*.

Ese es el punto de partida, la humildad, la sencillez, la apertura a hacer lo que el Señor nos manda, lo que constituye la fuerza de la “piedra” sobre la cual estamos todos contruidos para que la Iglesia vaya adelante, la piedra de la Iglesia de Jesús.

Y esto es importantísimo hoy día porque este es el mundo en el cual “la verdad” es lo que “a mí me da la gana de hacer y decir”. La verdad es “yo me impongo y basta, esa es la verdad”. Pero eso, en realidad, es la mentira.

Una de las experiencias más bellas que hemos vivido en ese tiempo todos es la elección del Papa Prevost, del Papa León XIV. Y en esa elección lo que más se sintió es la presencia del Espíritu. El Cónclave es un acontecimiento espiritual de encuentro y de decisión juntos de acuerdo con la voluntad de Dios. La gran mayoría estaba convencida de que esto era algo así como una liturgia, un momento de encuentro personal con el Espíritu Santo para expresarlo en un voto.

Y eso ha sido la cosa más bella de lo que hemos vivido con el Cardenal Prevost porque no era mencionado en ninguna parte, en ningún periódico. Estaba ahí es un rinconcito,

como todos, y fue saliendo gracias a una intuición mínima que apareció en medio de la sala del Cónclave. Un votito más que los demás, nada más. Pero eso fue el anuncio de que hay alguien insignificante que está allí y que puede ser el que el Señor haya querido elegir. Eso fue en la noche primera y, en el día siguiente, ocurre que comienza la mañana y ya la ventaja era muy grande, que fue agrandándose hasta el final.

¿Por qué sucedió esto? Porque, cuando hay una intuición profunda de fe, uno se deja guiar por ella por amor a la Iglesia y al bien de todos. Y para que eso ocurra se necesita estar abiertos y dispuestos a recibir una inspiración y profundizar en lo que estamos haciendo. Estábamos eligiendo a aquel que debe guiar el destino de la Iglesia durante el próximo tiempo, en una situación gravísima como la que vive la humanidad hoy día, en donde estamos, como lo sabe bien el cuerpo diplomático, incluso al borde de una guerra mundial. Por esa razón, entonces, hemos pedido al Señor su Espíritu, y todos tomándonos en serio, sobre todo inspirados por un ambiente de paz y de oración, gracias a las meditaciones que recibimos, es que la figura de Robert Prevost empezó a crecer sin que sea conocido mayormente. Evidentemente, Prevost tenía un cargo importante, pero hacía poco, dos años nada más. Había gente que tenía mucha mayor tradición, mucho más tiempo en el Vaticano.

¿Esto qué significa, hermanos, para nosotros? Esa fe sencilla que Robert Prevost ha vivido como misionero en Chulucanas, en Chiclayo, en El Callao y con todos nosotros como amigos, obispos inclusive, en ese tiempo,

especialmente en la Pontificia Universidad Católica, cuando él estructuró todas las leyes que permitieron ya esclarecer los problemas que había en ese tiempo. Hemos notado que él siempre ha sido un servidor muy sencillo y sin ninguna pretensión ni ambición de algo más. Él acepta lo que le pidan por obediencia y por llamado, por vocación, pero no es una persona que esté buscando, ambicionando algo propio, ni aparecer, ni creerse nada.

Qué gran ejemplo en medio de los líderes de este mundo, en donde todos están buscando cómo se imponen y cómo pueden hacer posible que su voluntad propia se realice. Por eso, hoy día, en la misma línea de Pedro y de Pablo, que también sufrió un coscorrón, se cayó del caballo por obra de que perseguía a los cristianos y se dio cuenta que su interés no era lo más grande. Que existía el interés amoroso de Dios. Y, entonces, cambió porque encontró al Resucitado que interrogó hondamente en su vida (“Saulo Saulo por que me persigues”) y cambió su vida y la dedicó a la Iglesia y al anuncio misionero del Evangelio.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, aprovechemos este día domingo y esta fiesta para comprender nuestras vidas de otra manera. Si todos somos hijos amados de Dios, en mi vida, en la vida de cada uno, en la vida que vemos en los demás, ¿estamos priorizando el bien de todos, que es el que nos inspira el Espíritu Santo a realizar y no nuestro propio bien? ¿Reajustamos nuestros propios intereses e ideales a aquel interés amoroso que tiene Dios por salvar a la humanidad? El interés de mi grupo religioso, el interés de mi grupo político, el interés de mi grupo de amigos

diplomáticos, ¿lo ajustamos a la exigencia y necesidad de la gente que es la que quiere sanar Dios, porque Dios considera sobre todo la necesidad de que los pobres, la gente indefensa, las personas que son maltratadas, las personas que están extorsionadas sean reivindicadas? ¿Renunciamos a nuestro apetito de que, más bien pase, lo que pase, lo importante es que yo surja y me interesa un pepino todo lo que sufre la gente? ¿Estamos dispuestos a reflexionar esto y a desistir? Especialmente, todos los que somos dirigentes, preguntémonos si seguimos el camino de Pedro que es el camino de Jesús, que se anonadó por nosotros siendo el Hijo de Dios.

Si queremos verdadera salvación del mundo necesitamos retroceder ante los intereses particulares y saber reconocer la superioridad del bien de todos, el bien común, el bien común del cual ya hablaba León XIII, y que renovaremos por el bien común para esta época con León XIV. Que Dios lo bendiga y le dé años muy fecundos durante todos estos tiempos largos y difíciles -ya que tiene un techo muy largo porque está jovencito todavía – y podamos todos juntos gozar de que ya un pedacito del Reino de Dios se puede vivir en este mundo con la entrega y servicio generoso y misionero de León XIV. Es la misión que ya decía ya Santa Rosa de Lima: “hacer del Perú y del mundo una partecita del cielo”.

Que Dios los bendiga, los proteja, los aliente y los haga y nos haga a todos reconocer docilmente nuestros límites, así como Pedro asumió los suyos ante el Señor, reconociendo que solamente lo quiere, que no lo ama. Y por ello recibió de

Jesus la confianza y le dio la responsabilidad: “Apacienta mis ovejas”, es decir, yo confío en ti.

A Nosotros nos dice lo mismo: confío en ustedes y, por eso dejemos que el Señor nos mueva y nos guíe.

Amén